

CAPITULO CLIX.

Desamortizacion eclesiástica. — Carlos V y Roma. — Proteccion á las artes. — Blasco de Garay.

No parecía que Carlos V se mostrara muy partidario de la Inquisición, que encontró ya en España establecida por sus abuelos, pero posteriormente, al ver la pertinacia de los protestantes, trató de extenderla por todos sus dominios, y una vez en Yuste, excitaba para que fuesen quemados los herejes y tratados con el mayor rigor á los que ya se hubiesen arrepentido.

Pero si el Emperador habiase mostrado, por la razon indicada, tan partidario de la Inquisición, las Cortes no participaban de aquellas ideas, y lo mismo éstas que los más eminentes é ilustrados varones españoles, estuvieron aconsejando al Monarca y protestando contra la excesiva preponderancia del tribunal del Santo Oficio, contra su ingerencia en asuntos que no eran de fe, y contra sus arbitrariedades y abusos.

No fué menor la lucha que, tanto las Cortes de Aragon como las castellanas, estuvieron sosteniendo con el Monarca al objeto de que las dignidades de la Iglesia no se concediesen á los extranjeros, á que los monasterios é iglesias no posesesen ni pudiesen heredar bienes raíces, para que las cofradías y comunidades religiosas quedasen más reducidas y para la correccion de otros mil abusos que creían necesitaban corregirse, así como tambien para la desamortizacion eclesiástica.

«Estas peticiones, dice Lafuente, siempre repetidas por los delegados del pueblo y nunca satisfechas por el Monarca, esta pugna entre el espíritu de la parte ilustrada de la nacion y las ideas é intereses del soberano, fué otra de las herencias que Carlos V dejó á su hijo Felipe para reproducirse con más frecuencia y más energia por parte del pueblo, para negarse con más obstinacion y dureza por parte del Monarca, para sostener viva la lucha por todo el siglo XVI, y para transmitirse á los siglos, á los príncipes y á las generaciones sucesivas hasta los días que alcanzamos, en los cuales dudamos que se dé todavía por terminada.»

Y precisamente respecto á este particular debemos hacer notar que estos Monarcas tan sostenedores, por decirlo así, de los derechos de la Iglesia, estos tan celosísimos defensores de la religion católica y que tanto trabajaron en pro de la unidad religiosa, y que con tanto rigor persiguieron á los herejes y á los infieles, fueron al mismo tiempo los que tuvieron mayor energia para resistir á la corte pontificia y los que llevaron el desabrimiento, la amenaza y el rigor al último extremo respecto á los pontífices.

Lo mismo Isabel que Fernando, y de igual manera Carlos que Felipe su hijo, no sólo se mostraron con ellos altivos y severos, sino que autorizaren á sus mismos generales para que se portaran de igual modo, segun hemos visto, para evitar que se les tocara en lo más mínimo su autoridad temporal.

Entre los muchos escándalos que la cristiandad hubo de presenciar en el siglo XVI, siglo por demas fecundo en escándalos de todo género, ninguno tan grande como la toma de Roma por las tropas de Carlos.

Describiendo el saqueo, las profanaciones, el degüello y las violencias á que se entregaba aquella indisciplinada soldadesca, un historiador español exclama muy acertadamente: «¿Son acaso las hordas salvajes de Atila? ¿Son las bárbaras legiones de Alarico las que á tales excesos se entregan?»

No, no eran los bárbaros del Norte que sembraban la destruccion y el horror por donde quiera que pasaban, eran los soldados cristianos, eran las tropas de un pueblo civilizado y eminentemente católico, eran las legiones de un monarca cristiano y defensor de la Iglesia.

Es verdad, y á fuer de imparciales debemos decirlo, que el pontífice Clemente había obrado con sobrada ligereza en más de una ocasion, pero el castigo excedió con mucho á la culpa.

Por más que Carlos V dijera que todo lo sucedido había tenido lugar sin su mandato, por más que protestase contra todas las iniquidades cometidas y afectara un dolor hipócrita prohibiendo los festejos preparados para celebrar el nacimiento de su hijo, no es fácil que pueda engañarse nadie.

Queremos conceder que positivamente sus generales se excedieran en las órdenes que tenían, que la soldadesca fuera más allá de donde sus mismos jefes podían creer, siendo así, lo natural era que, al tener noticia de lo ocurrido, no solamente tratara de castigar á los culpables, si no que se apresurara á poner en libertad al Pontífice.

Mas aceptando el *statu quo*, dejando cautivo al Papa y sin castigo á los culpables de aquel hecho, Carlos aceptó la solidaridad en los actos llevados á cabo por sus generales.

El frecuente trato que las guerras de Italia habían engendrado entre españoles é italianos, el ser aquel el país donde las letras y las artes mayor desarrollo adquirieron, y donde, por decirlo así, el genio había derramado á raudales su sacrosanta inspiracion, produjo la importacion en nuestro país de notables modificaciones, tanto en la literatura, como tendremos ocasion de ver en el capítulo siguiente, como en las artes liberales.

«Las guerras de Carlos V, dice un historiador, han puesto á los ingenios españoles en relaciones íntimas y frecuente trato con los que ya brillaban en la culta Italia. Aquellos palacios que decoraban

las obras maestras de Leonardo de Vinci, de Miguel Angel, de Rafael, de Ticiano y de Correggio, los estudios y talleres de aquellos insigne artistas, son otros tantos tesoros de que se aprovechan los pintores, arquitectos y escultores de España para formar su gusto, enriquecerse de conocimientos, traerlos despues á su patria y fundar más adelante escuelas propias, que comienzan por serlo de imitacion y acaban por producir una vigorosa originalidad.»

Efectivamente, nuestros artistas seguían en pos de nuestros ejércitos, y lo mismo en las Universidades que en los talleres aprendían lo que más tarde importaban á su país, y que andando el tiempo y modificándose, por decirlo así, la imitacion, llegaba á constituir un género completamente nacional.

Carlos, á pesar de sus aficiones guerreras, gustaba de proteger y fomentar las nobles artes, y fácilmente se comprende que estas buenas disposiciones habian de redundar en beneficio y para desarrollo de aquéllas.

Y prueba del respeto y de la consideracion que le merecian los artistas, el rasgo que se cuenta de haber cogido el pincel que se le había caído al Ticiano, entregándosele en medio del asombro de los caballeros que le rodeaban.

Merced á esta proteccion adelantaban las artes, y prueba de ello nos ha dado el magnífico palacio que Carlos mandó edificar en el recinto de la Alhambra de Granada, donde los pórticos, columnas y delicados relieves han sido la admiracion de propios y extraños, demostrando el adelanto que la arquitectura y la escultura habian adquirido y el buen gusto que ya iba desarrollándose á pesar del estridente fragor de los combates.

Obra que quedó sin concluir por el Emperador, desatendida y abandonada estuvo tambien por sus sucesores; las injurias de los hombres fueron ultrajándola más todavía que las del tiempo, y hasta nosotros han llegado los restos para demostrarnos la grandeza de la concepcion, lo delicado y primoroso de la ejecucion y el abandono y el descuido ingénito en nuestro país con obras de tanto mérito.

Otra de las obras importantes, aun cuando de más utilidad, que nos legó el afán de Carlos respecto á la proteccion de las obras útiles, fué el canal Imperial de Aragon, que ha permanecido posteriormente centenares de años sin dar la utilidad que debiera.

Otros proyectos no menos importantes concibiéronse ya por aquel tiempo, y entre otros, agitóse el de que tratara Juan Perez de Oliva, de que hiciera su patria, que era Córdoba, para habilitar la navegacion por el Guadalquivir al objeto de tomar su parte en el gran comercio de las Indias, que por entónces le tenía completamente monopolizado Sevilla.

Como se ve por esta ligerísima reseña, ni faltaron obras arquitectónicas ni proyectos de pública utilidad, á pesar de que el fragor de las batallas parecía ahogar todas las manifestaciones del arte; así como tampoco faltó quien se dedicara á perfeccionar los conocimientos en uso ya, ó á inventar otros medios para mejorar sus condiciones.

Y al llegar á este punto, involuntario temor nos asalta, puesto que precisamente vamos á tocar á una de las que hasta hace algunos años habíamos considerado como gloria española.

Nos referimos á Blasco de Garay, de quien dice el discreto Lafuente, que desde el comienzo de su historia había estado temblando llegase el momento en que hubiera de estampar su nombre.

Y se concibe perfectamente, por lo delicado que es tener que destruir la ilusion en que ha vivido, no ya una individualidad ó una familia, sino toda una nacion; pero el historiador tiene deberes ineludibles, y ante la verdad histórica debe ahogarse la afecion y hasta el orgullo patrio.

Creemos que Blasco de Garay no inventó el vapor, dice Lafuente, y aduce todas las pruebas que con su diligencia y su afán pudo encontrar, pruebas que demuestran que Garay sólo se propuso realizar la confeccion del motor para mover los barcos sin necesidad de vela ni remo, pero que este motor no era más que un mecanismo manejado y movido por los mismos hombres y á costa de un trabajo penosísimo, segun los informes que daban al Emperador los que presenciaron los ensayos que al efecto se hicieron.

Blasco de Garay dirigió á principios de 1539 un memorial al Emperador, que entónces se hallaba en Toledo, pidiéndole su proteccion para el desarrollo y realizacion de varios proyectos, entre los que se hallaban el de construir un ingenio para mover los barcos en tiempo de calma sin vela ni remo, y otro para hacer un molino á bordo.

Varias fueron las pruebas que para lo primero se hicieron, facilitándose los buques y las cantidades precisas, pero parece que los resultados no correspondieron á las esperanzas concebidas, hasta que finalmente quedó abandonado completamente el proyecto (1).

Parece que el de los molinos tuvo más favorable éxito, difundándose rápidamente, segun el mismo dice en sus cartas, por lo que pidió privilegio de invencion.

(1) Para más detalles respecto á este asunto, que por la índole especial de nuestra publicacion no podemos tratar detenidamente, puede verse la *Historia General de España*, por Lafuente, Parte III, lib. 11.



J. SERRA, LP.

LX. VIDAL, OLMO, B9.

LUIS VIVES.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CLX.

Estado de las letras en el reinado de Carlos V.— Adelanto progresivo de éstas.— Introduccion de las formas italianas en la poesia castellana.— Literatura dramática.— Novelistas é historiadores.

Ni las ciencias administrativas y económicas, ni la jurisprudencia y legislación adelantaron nada que digno de mención sea durante el reinado que acabamos de historiar, pero en cambio, despejado ya el camino por la reina D.^a Isabel, la cultura intelectual prosiguió sin detenerse, para lo cual, como en el capítulo anterior hemos indicado, sirvió de mucho la comunicacion constante con Italia, de cuyas relaciones las artes y las letras obtuvieron un gran beneficio.

Cierto es que ya contábamos en España con escuelas públicas, que á pesar de su corta vida habían adquirido justa y merecida fama; cierto tambien que contábamos con doctos y esclarecidos varones y entendidos y reputados profesores; cierto tambien que la imprenta desarrollada rápidamente favorecía en gran manera estos adelantos, pero no es ménos cierto tambien que aquel trato frecuente con los pueblos cultos de Italia, con aquella pléyade de pintores, de escultores, de arquitectos y de poetas nos fué de gran utilidad.

Un escritor de nuestros días dice, ocupándose de los elementos que más poderosamente contribuyeron al notable desarrollo que iban adquiriendo los conocimientos humanos: «Favorecíanse las escuelas públicas establecidas de antes en España, algunas de ellas afamadas ya y dotadas de insignes y doctos profesores; las producciones de ingenios tan esclarecidos como Lebrija, Pulgar y Bernaldez; como Lucio Maríneo, Pedro Mártir y los Geraldinos; como Rojas, Encina y Torres Naharro; como Montalvo, Ramírez y Carvajal; el arte maravilloso de la imprenta, bastante adelantado ya aunque nuevo y el renacimiento de la literatura clásica en tiempo de los Reyes Católicos.

«Favorecíanse tambien el trato y la comunicacion asidua, política, militar é intelectual con la culta Italia, que comenzó y se estableció entre los dos pueblos con las guerras y conquistas de Fernando el Católico y se hizo más frecuente, más necesaria y más íntima con Carlos V.»

Constituyendo el comercio, la política y los hechos militares, como dice muy bien aquel escritor, el trato entre ambos países, necesariamente había de estrecharse el de las ideas, y así era que á sus escuelas y academias acudían los españoles más amantes de saber, y á sus estudios y talleres los que anhelaban profundizar los secretos del arte y de la literatura, imitada y admirada por los amantes de lo bello.

Imaginaciones vivas y apasionadas las españolas, y apasionadas y vivas tambien las italianas, fácilmente se establecía la comunicacion, y si bien nuestra literatura original había de perder algo de su ruda energía y vigor, en cambio necesariamente ganaba en cultura y en arte.

«Las nuevas relaciones y las nuevas costumbres sociales, dice un historiador contemporáneo, producen siempre alguna alteracion en el carácter de las obras literarias de un pueblo,» y en las nuestras produjéronla en beneficio.

Muchas personas, no solamente hacían viajes repetidos á aquel país, sino que se establecían en él tambien, y otras iban decididamente á perfeccionar los conocimientos que ya tenían adquiridos en España.

Porque efectivamente, Italia, era entonces el astro cuyos brillantes resplandores se extendían por todas partes, y las atrevidas concepciones artísticas y el buen gusto literario resplandecían por doquiera en aquel país privilegiado.

A la espléndida época de Lorenzo de Médicis, *el Magnífico*, había seguido la de Leon X, el pontífice artista; tras de Leonardo de Vinci, el Ariosto, Maquiavelo y Sannazzaro vinieron Ticiano y Miguel Ángel, y en esta sucesion de genios y de escuelas necesariamente habían de encontrar motivos sobrados de estudio los entusiastas españoles.

El caballero Boscan introdujo en nuestra patria el soneto, así como otra clase de composiciones en verso endecasílabo y su amigo y como él admirador de la literatura italiana, Garcilasso, la perfeccionó día por día, legándonos esas tiernas églogas en que el valiente soldado se expresa con una ternura y una sencillez extraordinarias.

Este fué quien adaptó con mejor resultado la forma italiana á la poesia castellana, siguiendo las huellas por él trazadas Fernando de Acuña y Gutierrez de Cetina, soldados como él y poetas de no ménos valía.

Castillejo, Villegas y otros partidarios de la escuela antigua, llamaban petrarquistas á los innovadores; combatíanles satirizándoles sin cesar, pero á pesar de todos sus esfuerzos la nueva escuela italiana constituyó desde aquella época un género nuevo en nuestra literatura.

Como quiera que la Inquisicion, siempre rígida, y celosa siempre, era una traba perenne opuesta al libre vuelo del pensamiento; como quiera que de su fiscalizacion y de su censura no se veían libres ni aún aquellas eminencias que mayor reputacion tuvieran de virtuosas y santas, como fueron el venerable Juan de Avila, santa Teresa de Jesus, Fr. Luis de Granada y Fr. Luis de Leon, y san Juan de la Cruz, todos los ingenios temblaban y se estremecían

pensando en la suerte que estaria reservada á sus obras, cuando ni aún las de aquéllos eran respetadas.

De aquí que como no solamente las obras que se ocupaban de materias teológicas ó de religion y moral, sino las que trataban de otra clase de conocimientos eran sujetas á aquel riguroso exámen tambien, muchos abandonaban terrenos tan espinosos dedicándose, bien á la poesia, bien á la novela picaresca ó á la fábula ó á la historia.

En la novela y en la historia brilló de un modo notable el ilustre hijo del conde de Tendilla y biznieto del esclarecido marqués de Santillana D. Diego Hurtado de Mendoza, que en su *Lazarillo del Tormes*, alcanzó justa y merecida fama de escritor discreto y de pintor de las costumbres de su tiempo.

Buen poeta lírico, ingenioso novelista, tan entendido general como astuto diplomático y tan buen consejero como concienzudo historiador, su *Historia de la Guerra de Granada* escrita en los postreros años de su vida, es un trabajo de recomendable mérito.

Y precisamente en este tan notable ramo de nuestra literatura, iba advirtiéndose de una manera prodigiosa el adelanto que se iba verificando. La Crónica desaparecía para dejar campo á la Historia general, toda vez que ya la unidad nacional se había verificado, y aún cuando los cronistas sostenidos por el Emperador, como Guevara, Ocampo, Sepúlveda y Mejía, no fueron de los que mejor respondieron á lo que de ellos se esperaba, como dice Lafuente muy bien, «ya asomaban Morales, Garibay y Zurita, quienes, especialmente el último, tanto beneficio hicieron á las letras españolas.

Francisco Lopez de Gomara, Bernal Diaz del Castillo, Fr. Bartolomé de las Casas y el insigne autor de la *Natural y General Historia de las Indias*, Gonzalo de Oviedo, tomando á su cargo la narracion de los descubrimientos y heroicas hazañas de los españoles en las apartadas regiones del Nuevo Mundo han demostrado á la posteridad las grandes dotes que poseían.

Otro género de literatura que durante este período nació y anunció lo que andando el tiempo había de ser, fué la dramática ó teatral, de la cual el clero había hecho una especie de patrimonio exclusivo con la representacion de los autos ó dramas sacros, oponiéndose á toda otra representacion, por lo cual fueron, sin duda, incluidas en el Indice las comedias de Torres Naharro, bocetos, por decirlo así, del drama profano.

Pero todos estos esfuerzos son impotentes cuando verdaderamente está dado el impulso. Las ideas sólo necesitan en momentos dados que haya quien de buena fe y con resolucion las sustente, y tomada la iniciativa por uno, prosiguen su marcha á traves de todos los obstáculos.

Lope de Rueda, el autor y actor á la par, fue representando sus obras por las principales ciudades de Andalucía y de Castilla, y como quiera que, como dice Cervantes, todos los aparatos de un autor de comedias en este tiempo se encerraban en un costal, y que el escenario se improvisaba con cuatro bancos en cuadro, sobre los que se ponían unos tablones, cubriendo el todo con algunas colchas, fácilmente se comprende la facilidad con que estos espectáculos podían ir dándose á conocer, fundando un teatro que antes de terminar el siglo había de ser la admiracion y servir de escuela á otras naciones.

Verdaderamente asombró ver lo mezquino y pobre del teatro español en su infancia, y cómo en un espacio tan breve, de niño se tornó en gigante, asombrando á los mismos que nacer le vieron y constituyendo la gloria de nuestro país y la envidia de los demas pueblos.

Antes de concluir esta breve reseña del movimiento intelectual de España en el reinado de Carlos V, debemos citar como uno de los más eminentes varones y que mayor lustre dieron á su época al filósofo y humanista valenciano Luis Vives.

Justa celebridad adquirió su nombre en Europa, considerándosele como uno de los que más contribuyeron á la restauracion de las letras.

En Lovaina, en Brujas, en Paris, como profesor, como comentador del libro de san Agustín *De Civitate Dei*, y como autor de otras obras no ménos recomendables, fué admirado, en tales términos, que Enrique VIII de Inglaterra eligióle para maestro de su hija María, la que más tarde fué esposa de Felipe II, estando considerado el ilustre Vives en toda Europa como uno de los tres sabios que á la sazón formaban el triunvirato del saber.

Guillermo de Baden, era el que excedía á todos los de su tiempo en el ingenio; Erasmo de Rotterdam sobresalía por la elocuencia y Luis Vives llamaba la atencion por su buen juicio.

Conocido el predominio que el sentimiento religioso ejercía en el pueblo español, y teniendo en cuenta las escuelas que ya dejaban establecidas los Reyes Católicos, fácilmente se comprende que los estudios teológicos habían de adelantar, y efectivamente, de la época de Carlos V datan aquellos eminentes canonistas que fueron la honra de España en el Concilio de Trento, y de los cuales tendremos ocasion de hablar, porque verdaderamente en ese tiempo fué cuando brillaron, en el reinado de Felipe II.



J. SERRA, LII.

LII. VIDAL, OLMO, 23.

PIO IV.